

No volvieron á despegar los labios en todo el camino.

¿Qué quería Juan Valjean? Acabar lo que había principiado; advertir á Cosette, decirle dónde estaba Mario, darle quizá alguna otra indicación útil, tomar, si podía, ciertas disposiciones supremas. En cuanto á él, en cuanto á lo que le concernía personalmente, era asunto concluído; habíale cogido Javert y no se resistía. Otro cualquiera, en semejante situación, hubiera pensado tal vez vagamente en la cuerda de Thenardier y en los barrotes del primer calabozo donde entrase; pero desde lo que le sucedió con el obispo, había en Juan Valjean, tratándose de un atentado, aún siendo contra sí mismo, bueno es repetirlo, una profunda vacilación religiosa.

El suicidio, misteriosa vía de hecho en lo desconocido, que puede contener, hasta cierto punto, la muerte del alma, era imposible en Juan Valjean.

A la entrada de la calle del Hombre-Armado, el coche se detuvo por no permitir lo estrecho de aquélla el tránsito de los carruajes. Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero observó humildemente al señor ins-

pector que el terciopelo de Utrecht de su carruaje estaba manchado de sangre del hombre asesinado y de lodo del asesino. Esto era lo único que había comprendido. Y añadió que se le debía indemnizar. Sacando al mismo tiempo su cuaderno, suplicó al señor inspector tuviese la bondad de escribirle en él unas cuantas palabras laudatorias.

Javert rechazó el cuaderno que le alargaba el cochero y dijo:

—¿Cuánto te debo, contando el tiempo de la parada y la carrera?

—Han sido siete horas y cuarto,—respondió el cochero,—y el terciopelo estaba nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó del bolsillo cuatro napoleones y despidió el carruaje.

Juan Valjean supuso que la intención de Javert era conducirle á pie al cuerpo de guardia de los Blanch-Manteaux (mantos blancos) ó al de los Archivos, que está cerca.

Internáronse en la calle que, como de costumbre, se hallaba desierta. Javert seguía á Juan Valjean. Llegaron al número 7; Juan Valjean llamó y se abrió la puerta.

—Está bien,—dijo Javert;—subid.

Y añadió con extraña expresión y como si le costase esfuerzo hablar así:

—Os aguardo.

Juan Valjean miró á Javert. Aquel modo de obrar desdecía de los hábitos del inspector de policía; pero resuelto como se mostraba Juan Valjean á entregarse y acabar de una vez, no debía sorprenderle mucho que Javert tuviese en aquel caso cierta confianza activa, la confianza del gato que concede al ratón una libertad de la longitud de su garra. Empujó la puerta, entró en la casa, gritó al portero que estaba ya acostado:

—¡Soy yo!—Y subió al primer piso.

Una vez allí, hizo una corta pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana de la escalera, que era de una sola pieza, estaba corrida. Como muchas casas antiguas, la escalera tenía vistas á la calle. El farol, situado enfrente la casa número 7, comunicaba alguna claridad á los escalones, lo que equivalía á un ahorro del alumbrado.

Juan Valjean, sea para respirar, sea maquinalmente, sacó la cabeza por la ventana y miró toda la calle, que es corta y que recibía la luz del farol de un extremo á otro. Juan Valjean se quedó atónito; no se veía á nadie.

Javert se había marchado.

## XII

### EL ABUELO

Vasco y el portero habían llevado al salón á Mario, que seguía tendido é inmóvil en el canapé donde se le colocó á su llegada. El médico estaba ya allí. La señorita Gillenormand se había levantado.

La señorita Gillenormand iba y venía asustada, uniendo las manos é incapaz de hacer otra cosa que decir:—¡Es posible, Dios mío!—De vez en cuando añadía:—¡Todo va á mancharse de sangre!

Cuando el primer horror hubo pasado, cierta filosofía de la situación se abrió camino hasta su espíritu, revelándose en la exclamación:—¡Esto debía acabar así!—Si bien no completó el pensamiento con la frase *¡Bastante lo había dicho!*, usada en tales casos.

Por orden del médico, habíase arreglado una cama de cordeles junto al canapé. El médico examinó á Mario, y después de cerciorarse de que continuaban los latidos del pulso, de que el joven no tenía en el pecho ninguna herida profunda y de que la sangre de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo colocar en la cama, sin almohada, con la cabeza á nivel del cuerpo, y aún algo más baja, y el busto desnudo, á fin de facilitar la respiración. La